

AMORES Y AMORIOS

La moda "teenager".

Sebastián Mantilla, S. J.

Noviazgos prematuros.

Hoy es una realidad innegable en nuestros países de tradición católica el que todo muchacho de 14 o 15 años para arriba se crea ya con derecho a "tener novia". Y que toda muchacha de 12 en adelante, que no acepte seriamente la propuesta de "ser novios" hecha por algún imberbe galán, se considere una excepción, casi diríamos una excepción extraña y humillante que debe explicarse como un "caso" de anormalidad, algo así como una desgracia familiar.

Ahora bien: ¿qué entienden ellos y ellas por esta forma social de "ser novios"? Porque hasta hace relativamente poco tiempo las relaciones amorosas comenzaban pasados ya al menos los primeros años de la adolescencia, cuando la joven había terminado su colegio y el muchacho su carrera, cuando su madurez fisiológica y moral y su posición económica les hacía capaces de constituir en breve una nueva familia, ya que este estado transitorio del noviazgo era tan sólo la antesala del matrimonio. Y es evidente que en este sentido que pudiéramos llamar tradicional no se pueden considerar "novios", aunque ellos lo afirmen seriamente, a un impúber que se halle en tercero o cuarto año de secundaria y una chiquilla que se halle comenzando el colegio. Por muy rápidas y favorablemente que vayan las cosas, habrán de esperar cuando menos de seis a ocho años para casarse, siendo así que lo suficiente para conocerse, y poder esperar que su unión llegue a ser tan duradera como feliz, serían de uno a dos años como máximo.

Es probable que lo mismo él que ella consideren que acaso algún día este noviazgo pueda concluir en un verdadero matrimonio, pero por el modo de reaccionar cuando se les pregunta sobre ello se echa de ver que, sin excluirlo, no es el matrimonio lo que les ha movido primariamente a declararse tales.

No se trata, evidentemente, de sola una "amistad", basada en simpatía natural o en coincidencias de gustos, aficiones, estudios comunes. No. Es indudablemente "amor" el que se tienen, y así lo declaran abiertamente. Y amor que debe manifestarse, como el de verdad, en palabras de cariño, señales de ternura, caricias, besos, largas conversaciones, paseos, juntos, etc.,

aunque a las personas mayores que conservan el sentido común no deje de parecerles estas actitudes un tanto ridículas, por lo menos, sin decir nada de lo que piensan de lo peligrosa que para la pureza y recato de sus costumbres pueda representar esta práctica, aunque se halle muy extendida y haya tomado carta de naturaleza en nuestra sociedad.

Y si realmente no piensan de momento y acaso llegan a excluir aunque no de modo reflejo esta finalidad del matrimonio, ¿qué clase de amor es ese? ¿Pueden dos jóvenes cristianos amarse sin tener como meta y meta próxima el matrimonio? Este es el punto que conviene aclarar convenientemente. En otras palabras: ¿es admisible entre cristianos ese deporte del amor por el amor?

Porque o bien ese joven trata con esa muchacha con el fin de conocer mejor su carácter, sus cualidades morales, de comprobar si realmente es verdadera esa afección que comenzó un día en una fiesta, o en un encuentro casual; o más bien la busca con el simple propósito de ejercitarse en el amor, de aprender a amar, acaso de que no le tomen por menos "hombre" sus compañeros, los cuales hablan todos de sus conquistas amorosas. Desde el momento que no se pretende más que esto segundo, divertirse —según unos—, pasar el rato de manera agradable —según otros—, se despoja a estas entrevistas amorosas de cuanto de grande, de serio, de verdaderamente bello tiene el amor cristiano afectivo.

En EE. UU., donde se vive aún más aprisa que entre nosotros, lo que pretenden en muchos casos esas "parejitas" amarteladas es el constituir cuanto antes una familia. Este propósito se patentiza en el hecho de los numerosos enlaces intentados por menores de edad, los cuales si son católicos recurren a la parroquia y si no lo son al City Hall con este intento. Pero en Latinoamérica son menos, son pocos, los muchachos que preguntados sobre este punto responden que "van totalmente en serio" y que sus designios son contraer matrimonio con la jovencita a la que cortejan en la actualidad. Más bien dirán que ceden a la costumbre, a la moda, al orgullo de "llevarse la muchacha más linda", quitándose a acaso a un amigo menos afortunado, tal vez a la necesidad de dar expansión a los brotes afectivos de su corazón.

Y ya en este terreno, aunque no lo reconocan abiertamente, pueden pretender dar una salida menos inconveniente que otras a una sensualidad mal reprimida, a una atracción física y sexual mal orientada. Y esto es ya positivamente reprochable.

Afortunadamente para ellos y para ellas, la muchacha latina no goza en el seno de su familia de esa independencia que permite a las sajonas una gran libertad de movimientos y el cuidado vigilante, sobre todo de las mamás, es un freno que reduce y limita los peligros morales de estas relaciones amorosas. En la mayor parte de nuestras familias, aun en los hogares menos exigentes, no se tolera estos tratos amorosos a las jovencitas si no es con muchachos conocidos y de los que se espera una conducta digna de un caballero. Pero con éstos tales sí se tolera. Y en esa "confianza" está el peligro. Lo demuestra la experiencia con mucha frecuencia.

Y aunque no vamos a pretender por ello que esta "costumbre" se corte de raíz, y aunque a veces los mismos sacerdotes consultados suelen recomendar a los muchachos que "se echen novia" como un medio de fomentar una vida moral más digna, el que "hasta ahora" haya sido "costumbre" y el que para ciertos individuos determinados puedan resultar beneficiosa esta práctica, no son a nuestro juicio razones suficientes para que en ambientes sanos y cristianos no se procure reformar estas costumbres y volverlas poco a poco a con prudencia a las prácticas de nuestros mayores.

La "Teenager Way".

La dificultad está en "quién pone el cascabel al gato" y carga con la odiosidad de parecer estricto y "anticuado". Por ello, y en la mayor parte de los casos, lo probable será que opten los papás por ceder y dejarse llevar por la corriente. Es, desde luego, lo más cómodo.

Tanto más que la tendencia actual va en dirección opuesta a todo lo que sea severidad y más bien se tiende a aflojar, influidos papás y mamás por los vientos de libertad juvenil que soplan desde el Norte y que los muchachos que se han ido a "educar" en los EE. UU. traen junto con un bagaje científico más o menos reducido. Y así como en el comercio se importan frigoríficas y carros (al menos mientras nuestro Mercado Común no llegue a producirlos), junto con ellos se importan costumbres exóticas, sin caer en la cuenta de que si las frigoríficas también aquí pueden sernos muy útiles, esas otras prácticas que acaso pueden resultar bien —o menos mal— en aquel ambiente, en aquellas circunstancias y con aquel modo de ser de una raza distinta a la nuestra, en otro ambiente, en otras circunstancias y aplicadas al pie de la letra a nuestras gentes, pueden dar resultados todavía peores. Y nótese que también allende

el Río Grande, hay muchos a quienes parecen mal.

Por ello, y para que procedamos con total conocimiento de causa y sepamos que no siempre "es oro todo lo que reluce", vamos a informar a nuestros lectores sobre lo que allí se opina por personas prudentes y que conservan aún la cabeza sobre los hombros.

Nos referimos en concreto a la invasión de la moda "teenager", a esa actitud de despreocupada promiscuidad de los jóvenes que se hallan entre los 13 y los 19 años, los cuales han sobrepasado ya el estadio en el que se encuentran los nuestros de meras "relaciones amorosas", para dedicarse al amor como a un verdadero "deporte", sin relación ni siquiera remota al problema del matrimonio. (1)

La moda "teenager" es hoy no sólo en EE. UU. sino en Alemania, Francia y otras muchas naciones en más o menos grado, un verdadero "modo de ser" con su indumentaria propia, sus diversiones propias, sus revistas, sus músicas propias (el "rock and roll", el "twist"), sus "ídolos" propios. Todo ello fomentado de manera astuta y con fines de lucro por mercaderes sin conciencia, que han descubierto en este negocio una verdadera mina de oro.

Los "cuplés" que cantan los ídolos al uso (como Elvin Presley y otros semejantes) dan la vuelta al mundo con vertiginosa rapidez; sus fotografías con dedicatoria se guardan como preciado tesoro y se muestran con orgullo; la llegada de uno de ellos a una localidad constituye un acontecimiento mayúsculo entre el elemento juvenil, que se da cita para recibirlo y acompañarlo al hotel o al teatro donde exhibe su tipo con eróticas canciones. Otro tanto habría que decir de las películas de este género.

Los pantalones ajustados, las chaquetillas pintarrajeadas, las camisas de colores chillones, hacen las delicias de ellos y de ellas, lo mismo en Chicago que en Nueva York, en Londres que en París o Berlín.

Pero todo esto, que a alguien pudiera parecer una moda pasajera sin consecuencias, es tan sólo la cubierta que oculta una filosofía o manera de ver las cosas totalmente naturalista, que está llevando demasiado lejos y acaso sin posible retorno a la juventud de hoy.

He aquí cómo la describe un libro reciente (1): "En primer lugar se reconoce como la cosa más natural y de todos los días, esa camaradería y confusión de los dos sexos, y precisamente en los años críticos. Las formas de coeducación de jóvenes de ambos sexos, que por diferentes motivos se han experimentado, intro-

(1) Esta actitud ha sido calificada de "teen age" por una razón puramente gramatical: la de entrar la palabra "teen" (diez) en la construcción de los números que van del 13 al 19.

(1) Loduchowski, Heinz. — "LA COEDUCACION DE LOS ADOLESCENTES Y EL PROBLEMA DE LOS "TEENAGERS", Barcelona, Herder, 1963.

ducido y realizado en diversos países y regiones, las extienden e intensifican las variadas corrientes de moda "teenager", incluso en el ambiente extraescolar, entre muchachos y muchachas de 13 a 19 años. La industria "teenager" allana y unifica todas las diferencias en este estadio de la vida, ni más ni menos que las peculiaridades de ambos sexos, que hasta ahora se creía debían desarrollarse en polaridades opuestas para poder alcanzar su plena madurez".

"Con la consigna: "cuanto antes mejor", —desde luego que mejor para el "negocio"— se explota sin el menor reparo la incipiente madurez sexual de los adolescentes, todavía sin rumbo fijo y, como es natural, todavía inestable. Con adulación hipócrita, como si ellos fueran también adultos, como si ya en esa edad les correspondieran los mismos derechos y las mismas "satisfacciones" del matrimonio ordenado por Dios, se permite a estos adolescentes en muchas formas, y hasta se les sugiere, presentándola bajo falsas apariencias, una satisfacción absoluta, incondicional y sin compromiso, del instinto sexual".

La consecuencia es que van cayendo por tierra todos los principios morales que hasta ahora conservaban más o menos su validez gracias a cierta tradición que consideraba "de mal tono" y "escandalosas" estas maneras de proceder en público.

Sus grados.

"La fiesta (party) de "teenagers" organizada en regla, puede con increíble facilidad y como por juego derivar en una "petting-party" (léase "besuqueos"); el "teenager club" puede llegar a adoptar las prácticas americanas del "dating" y del "going-steady" (léase: salidas repetidas juntos, flirteo), dejando así a la adolescencia que camina hacia la madurez abandonada a su antojo en un terreno erótico sexual que prácticamente no conoce límites".

"Ahora bien: esto significa en la práctica que los años críticos no sirven ya de preparación y de entrenamiento en un amor que se domina con el impulso del espíritu con miras al orden y armonía de una futura comunión de vida conyugal, sino que con un ansia irrefrenada de placer se derrochan y despilfarran en un anticipado "amor libre" con compañías que alternan a discreción".

"Al instinto sexual de los jóvenes que va despertando por ley natural durante los años críticos, se le estimula artificialmente, excitándolo y sobre-excitándolo sin cesar más y más, y recurriendo para ello a todos los medios posibles de propaganda masiva, se les inculca y se les pregona a tambor batiente que un habitual "desahogo del instinto" y una "expansión" que dé plena satisfacción al sexo es cosa completamente natural, normal, sana y hasta necesaria.

Una conciencia todavía dudosa o vacilante se adormece y se acalla con una credulidad aparentemente científica, con la aportación de hechos comprobados, a lo que se dice, por la ciencia y "revelaciones" sacadas de los estercoleros de freudianos y extremistas, de los promedios de los Kinsey-Reports, o de la vida sexual de tribus primitivas".

La Coeducación, una plaga social.

Hay que reconocer que esta presente actitud de los jóvenes ha sido en gran parte la consecuencia de frecuentes centros educativos donde se imparte la enseñanza en común a muchachos y muchachas, cosa que, gracias a Dios, no ha sido tan frecuente entre nosotros. Este trato constante entre los dos sexos crea a la larga una "camaradería" que al principio puede ser inofensiva, pero que da pie a una peligrosa convivencia cuando comienzan a despertar los instintos sexuales. Y en EE. UU., donde este movimiento "teenager" ha brotado primero y se ha desarrollado con más rapidez, la coeducación lleva más de un siglo de existencia, ya que se inició en 1837 y se impuso en las escuelas públicas de un modo creciente desde 1900.

En su origen parece prevalecieron las razones de tipo político: EE. UU. insitía en extender los principios democráticos a todos los aspectos de la vida social. Si la mujer podía aspirar a los mismos cargos, ejercer las mismas profesiones que el hombre, debían abrirse también las puertas de los centros de enseñanza, y habían de ser las familias más distinguidas, las más ricas, las que habían de mostrar con más fervor su espíritu igualitario y enviar a sus hijas a las mismas escuelas de los varones.

La coeducación es, además, más barata, pues exige menos dinero, menos edificios escolares, menos clases, menos medios de transporte, menos material escolar y menos personal docente. Los mismos profesores serían preparados en serie sin especialización diferenciada, se destinarían a enseñar a muchachos o a muchachas. Estas razones, con todo, que podrían tener cierto valor cuando los alumnos fueran tan escasos que no permitieran la instalación de dos escuelas separadas, pierden totalmente su validez allí donde la abundancia de escolares requiere la duplicación de secciones dentro del mismo curso.

La coeducación —se ha dicho— proporciona una convivencia más natural y armónica de los dos sexos, análoga en cierto modo a la vida de familia, pero olvidando evidentemente que si en la familia conviven hermanos y hermanas sin dificultad, entre ellos existen unos lazos comunes de sangre que no existen en ese pretendido hogar-escuela.

Pero, pese a todos esos argumentos, los frutos un tanto amargos que ahora se vienen reco-

giendo han llevado a poner en tela de juicio estos beneficios y a dudar de la convivencia de este método educativo, por muchos de los educadores que han venido defendiéndolo como el más conveniente. (1)

La Coeducación entre los Católicos Americanos.

Ni que decir tiene que la coeducación ha tenido muchos menos defensores entre los católicos americanos y que su aceptación ha obedecido más bien a una necesidad hasta cierto punto insoslayable que a un convencimiento teórico sobre su bondad. En ello influyeron sin duda las razones del mayor gasto en escuelas que no reciben apoyo oficial alguno, como son las católicas; la dificultad —consecuentemente— de poder duplicar las instalaciones cuando las muchachas comenzaron a frecuentar las aulas; la situación de minoría “tolerada” en que se han encontrado hasta hace poco, frente a un protestantismo poderoso en medios de todo género y tan intolerante en ocasiones como lo ha sido el inglés del que es hijo; el temor de ser considerado como “separatistas” y poco patriotas si no se plegaban a la “American way of life” y los mayores inconvenientes de que las hijas de las familias católicas tuvieran que ser enviadas a escuelas del Estado por no ser admitidas en las fundadas por la Iglesia, con evidentes peligros para su fe.

El esfuerzo de los católicos americanos por tener sus propias escuelas se ve en el hecho que desde 1830 en que sólo había 20 “academias”

católicas para muchachas, el número de “High Schools” católicas para muchachas llegaba ya en 1920 a 1552. Poco antes, en 1910, comenzó la presión oficial para que se introdujera en ellas la coeducación, pero con todo en 1947 sólo se había implantado este método en algo más de su mitad (1132 escuelas o sea el 53,6%) frente a 710, con un 33,6% para solas muchachas y 239 (con un 12,8%) para solos muchachos.

La Doctrina de la Iglesia.

Y es que la doctrina de la Iglesia es bien clara en este particular. Pío XI en su incompañable encíclica “Divini illius Magistri” sobre la educación de la juventud (21 Dic. 1929) afirma lo siguiente: “Igualmente erróneo y pernicioso a la educación cristiana es el método llamado de la “coeducación”, fundado también, según muchos, en el naturalismo que niega el pecado original, y además, según todos los defensores de este método, en una deplorable confusión de ideas que trueca la legítima sociedad humana en una promiscuidad e igualdad niveladora”.

“El Creador ha ordenado y dispuesto la convivencia perfecta de los sexos solamente en la unidad del matrimonio, y gradualmente separada en la familia y en la sociedad”.

“Además no hay en la naturaleza misma, que los hace diversos en el organismo, en las inclinaciones y en las aptitudes, ningún motivo para que pueda o deba haber promiscuidad y mucho menos igualdad en la formación para ambos sexos”.

(1) En confirmación de los malos resultados del sistema de coeducación, aduce el Prof. Loduchowski multitud de datos en el apartado que titula “Frutos de la indisciplina sexual”, pág. 22 y sigs. del libro citado anteriormente. De entre ellos entresacamos los siguientes:

“Sobre verdadero y propio comercio sexual entre adolescentes nos enteramos de lo siguiente por encuestas de high schools americanas: Las relaciones sexuales de muchachas que frecuentan las Junior High Schools, tiene lugar por lo regular con jóvenes y hombres mayores que ellas. Consideran como niños sin malicia a los muchachos de su misma edad. A los 13 años sólo el 13,8% de los muchachos tienen relaciones sexuales. A los 14 años se eleva de golpe la cifra al 27,8% es decir, más de uno por cada cuatro muchachos. Pero a los 15 años sube el porcentaje al 38,8%, o sea a más de la tercera parte; a los 16 años son ya el 51,6%, más de la mitad; a los 17, el 61,3%, o sea casi las dos terceras partes. Gran parte de estas relaciones tienen lugar con muchachas más jóvenes”.

“Fuera de los divorcios anuales (que el autor calcula en unos 400.000) no hay que olvidar el número de los ya divorciados y de los matrimonios que viven separados”. Sobre 1.494.000 matrimonios que hubo en 1959, este número de divorcios supone que de cada cuatro matrimonios se divorcia uno. Y añade estos datos, aunque un poco antiguos ya: “En 1955 había en EE. UU. 7,6 millones de viudas, 1,4 millones de divorciadas (hoy se acercan a los 2 millones) y 1,4 millones de mujeres que vivían separadas de sus maridos. Hay, pues, más de 10 millones de mujeres que viven solas después de haber estado casadas. Tres de cada cuatro de estas mujeres continúan, según se dice, las relaciones sexuales extramatrimoniales. Una de cada siete, es decir el 14% de ellas, vuelven a estar en cinta. A lo que parece, el 7% de estos embarazos acaba en un nuevo matrimonio; el 10% en malos partos; el 4% en nacimientos fuera del matrimonio, y el 79%, o sea prácticamente cuatro de cada cinco casos, en abortos procurados”.

“De los 45 millones de niños americanos, unos 12 millones no viven juntamente con sus dos padres”. “Un examen llevado a cabo en Washington D. C., reveló que de todos los hombres que se habían tratado allí por gonorrea, sólo el 2% se había contagiado con prostitutas, mientras que el 96% había tenido ya relaciones eventuales, por lo regular con muchachas jóvenes”. “En Cleveland se descubrió ya en 1946 que 600 muchachos y muchachas de escuela padecían estas enfermedades”.

Hacia 1960 la revista “U. S. News & World Report” proponía la creación de centros de enseñanza separados para las muchachas de las escuelas públicas que quedaban en cinta, con objeto de que su ejemplo no cundiera tanto entre sus compañeras de clase. Dicha revista llegaba a establecer esa propuesta como resultado de una encuesta llevada a cabo en las escuelas de los barrios negros de Washington, donde estas relaciones sexuales se iban multiplicando de manera alarmante.

“Hijos ilegítimos, abortos, enfermedades venéreas; tal es la recompensa —cita Loduchowski— de los jóvenes que se entregan a su instinto natural, sin dejarse guiar por las personas mayores”. Y añade por su cuenta:

“Se afirma que un número tremendamente alto de americanas y americanos sufren de frigidez sexual e impotencia a consecuencia del desenfreno sexual en la juventud. Sobre esto deberían reflexionar los celosos defensores de la “libertad entre los sexos”, como también sobre la extensión de la homosexualidad”.

“La revelación más terrible de los “Kinsey Reports” parece haber sido para muchas gentes el hecho de que por cada cinco americanos varones, dos han tenido una o más experiencias homosexuales”. “Desde el comienzo de la pubertad hasta los 15 años, uno de cada cuatro muchachos tiene experiencias homosexuales”. (“The New Kinsey Institute Report”, KINSEY INSTITUTE. Cfr. “Mc Call’s”, 85, 6/7 Dayton-New York. Marzo-Abril de 1958).

"Estos, conforme a los admirables designios del Creador, están destinados a completarse recíprocamente en la familia y en la sociedad, precisamente por su diversidad, la cual, por lo mismo debe mantenerse y fomentarse en la formación educativa, con la necesaria distinción y correspondiente separación, proporcionada a las varias edades y circunstancias. Principios que han de ser aplicados a su tiempo y lugar, según las normas de la prudencia cristiana, en todas las escuelas, particularmente en el período más delicado y decisivo de la formación, cual es el de la adolescencia"...

Con todo, y como lo declaran las últimas palabras de la encíclica que hemos copiado, puede haber casos en los que haya que tolerar los males de la coeducación por salvar bienes mayores, como puede ser, y es de hecho en EE. UU., el bien supremo de la fe. Así lo declaró la Congregación de Religiosos el 8 de Diciembre de 1957, la cual, refiriéndose a la doctrina de Pío XI, insiste en que no se puede aprobar la coeducación en general, ya que los inconvenientes que provienen de los peligros para la moralidad durante los años de la pubertad son de más peso que algunas ventajas que pudieran hallarse en ella. Queda fuera de discusión el admitir a muchachos y muchachas en la universidad. El caso de la escuela elemental se deja a la competencia de las autoridades eclesiásticas, dentro de los límites jurisdiccionales. Pero acerca de la edad intermedia de los alumnos de la llamada segunda enseñanza o enseñanza media. —que es la que se enfrenta también al problema de los "teen-agers"— dice la citada declaración:

"Sin embargo, no se puede negar que en algunos casos de necesidad práctica no es posible eludir el que jóvenes de ambos sexos se eduquen conjuntamente, si las condiciones locales y concretas son tales que la coeducación aparezca como mal menor. En efecto, en algunas regiones se hallan en graves peligros para la fe los jóvenes que frecuentan la escuela pública. Donde sólo existen minorías católicas, no se tiene siempre la posibilidad de construir y sostener escuelas católicas separadas para muchachos y muchachas, pues en este caso se duplicarían los gastos, que apenas si se pueden ya afrontar para una escuela única". (1)

En este párrafo los católicos americanos vieron, y con razón, una clara alusión a su caso.

Desilusión de los educadores laicos.

Y en esta materia, como en tantas otras, aquellos que se apartan de la doctrina tradicional de la Iglesia y se empeñan en contradecirla con novedades, acaban más tarde o más temprano con tener que dar marcha atrás y reconocer su fracaso. Esto, que ha pasado en el caso del divorcio, en las cuestiones del aborto,

de los contraceptivos, etc., etc., está sucediendo también con la coeducación, aunque muchos no se atreven a confesar abiertamente su fracaso y menos aún a reconocer a la Iglesia la razón que le asistía al oponerse a ella.

Con ocasión de un grupo de católicos norteamericanos que habían comenzado a fomentar la coeducación, cuando en los sectores laicos se está manifestando la tendencia contraria, "The American Ecclesiastical Review" de Mayo 1958, hacía notar este fenómeno con las siguientes palabras: "Es interesante observar que actualmente, en vista de las deficiencias académicas y disciplinarias tan extendidas en la segunda enseñanza, muchos educadores seculares reclaman la vuelta al método americano tradicional de las escuelas separadas para muchachos y muchachas. Así, el Dr. David Riesmann, profesor de sociología en la Universidad de Chicago, ha podido afirmar que en las high schools de EE. UU. es de desear menos coeducación".

El Profesor Walter B. Kolesnik del Departamento de Educación de la Universidad de Detroit aseguraba en Abril de 1963 que "son cada vez más los educadores y psicólogos fuera del campo católico que vienen desde hace un año o algo más poniendo en tela de juicio el valor de la coeducación. Aunque son aún una reducida minoría, usan de argumentos sólidos no sólo en reuniones y en revistas profesionales, sino hasta en publicaciones populares, abogando por la separación de muchachos y muchachas en las escuelas públicas". Dicho profesor lamenta que no se hayan seguido más a la letra las directrices de la encíclica "Divni illius Magistri" por los educadores católicos norteamericanos y recomienda la vuelta a la "coeducación" al menos en la enseñanza secundaria de todas las escuelas, sean católicas sean públicas. (1)

Por su parte el Dr. Heinz Loduchowski asegura que "de los sacerdotes —muchos más de un centenar— que hemos consultado en todas partes de los EE. UU. sólo hubo dos que estuvieran francamente por la coeducación, mientras que la inmensa mayoría eran de parecer contrario, y esto por principio, si bien al mismo tiempo hacía notar que "los católicos de su país no viven en un reduto puramente católico, sino que participan de condiciones muy variadas y con frecuencia sumamente difíciles".

No nos dejemos pues, engañar con el afán de novedades importadas de otros países, donde su fracaso está aconsejando su total abandono. Luchemos más bien por la vuelta a los métodos tradicionales educativos de la Iglesia, la institución educadora más antigua que hay hoy día en el mundo, la cual con su esfuerzo consiguió implantar en él una civilización infinitamente superior a las más refinadas del paganismo, pese a las resistencias y trabas con que tropezó continuamente.

(1) Véase "Acta Apostolicae Sedis", 24 Feb. 1958, pp. 99-103.

(1) Véase "Sex Differences and Education" en "America", 20 Abril 1963, pp. 552 a 555.

El General Jorge Ubico, un Dictador Progresista (1)

Lic. José González Campo.

La vuelta a su patria de los restos mortales del General Ubico, muerto en el destierro, y los recuerdos que este acontecimiento ha suscitado en el ambiente político de hoy, ponen de actualidad la figura y los hechos de este discutido gobernante.

El interés sube de punto cuando su historiadador es uno de sus más íntimos colaboradores, su Ministro de Hacienda, quien conoció de primerísima mano todo cuanto narra y en muchos casos fue actor de los hechos que nos cuenta con su inimitable estilo.

La persona.

Con el General Jorge Ubico llegamos al gobernante guatemalteco a quien sus enemigos, varios años después de su caída, siguen colmando de los más crudos vilipendios. El dictador que Arévalo Martínez catalogó como una de las fieras del trópico, levantó polvaredas de odio antes de llegar al poder, porque eran muchos los que le temían; y después de su caída, porque eran muchos los resentidos, que ansiaban figurar en el escenario burocrático, y en aquellos largos trece años no fueron invitados al festín del presupuesto. Todos los que en una u otra forma contribuyeron a su caída ven con buenos ojos esa ola de vilipendio que les justifica, por más que los inmediatos sucesores del General Ubico se han encargado de poner a la luz de la evidencia con sus hechos las causas profundas de nuestras eternas dictaduras. Sus futuros sucesores seguirán dando más contorno a esa dolorosa evidencia. Cuando se serenen los espíritus, la historia hará justicia al General Ubico, reconociendo en él a uno de los mejores, si no al mejor de nuestros Presidentes. En nada le supera ninguno de los que ha conocido nuestra generación, a la que ha cabido en suerte ser

testigo de tantas calamidades y, en cambio, ha vivido tan escasos días de tranquilidad y de gloria.

En verdad que al dictador progresista le hacen sombra grandes defectos, pero, a pesar de ellos, la balanza de la justicia se inclina en su favor. Los pueblos son indómitos y sus conductores, como los moluscos, llevan adherido al cuerpo blando de sus méritos, la dura concha de sus defectos. En esto estriba la enorme diferencia que hay entre los conductores de almas y los conductores de pueblos. Aquellos laboran silenciosamente para la eternidad; éstos trabajan con estrépito para el tiempo; pero la siembra de unos y de otros es necesaria en la vendimia de la cultura.

Es reconocido con unanimidad que el General Ubico amaba a Guatemala con predilección. Hijos del ambiente en que se formó y en que actuó son sus errores. Los otros jefes de Estado, con entorchados militares o con escarapela de doctor, que hemos tenido en más de medio siglo, han ejercido sus funciones —las que estaban dentro de la ley y las que se salieron de ella— en forma tan bárbara que casi toda su gestión fue una no interrumpida sucesión de errores, pero estos son perdonados a la mediocridad; no así a los que en algo se han elevado sobre la talla gregaria de sus contemporáneos.

Recién caído el General Ubico, el Lic. Alejandro Arenales me refirió que cuando fue invitado a cooperar con el Comité que había asumido la dirección de los trabajos que produjeron la caída del régimen de los trece años, él manifestó que el gobierno de Ubico era el mejor que habíamos tenido, lo que provocó la airada protesta de todos sus miembros. Por esos mismos días, el poeta Rafael Arévalo Martínez, —después ganado en cuerpo y alma por el arvalismo— me expresó análoga opinión, mostrándome jactancioso una tarjeta en la que el General Ubico le agradecía la visita que le había hecho cuando no era más que un simple ciudadano. Cito estas dos opiniones por tratarse de dos representantes de nuestra intelectualidad que en esos momentos no estaban contagia-

AMORES Y AMORIOS

No olvidemos nunca que esta precipitada vuelta a las costumbres paganas, con toda la brutalidad que ello supone, está en razón directa de la disminución del influjo social de la Iglesia.

(1) Este artículo reproduce el capítulo que el Lic. Sr. José González Campo dedica al Presidente Jorge Ubico, en su libro inédito "*Los que vi caer*".